

## ETICA DE LA PAZ

«Son excelentes los frutos de la paz o tranquilidad, y de la contraria discordia intolerables los males: por lo cual debemos desear la paz, buscarla si no la tenemos, encontrada guardarla, y con todo el empeño rechazar la contraria discordia»<sup>1</sup>.

Este texto de un clásico nos sirve de pórtico para nuestro tema, pues expresa bien el universal deseo de paz. Tan universal es la aspiración a la paz que «los mismos amantes de la guerra —dirá S. Agustín— no desean más que vencer, y, por consiguiente, ansían llegar guerreando a una paz gloriosa»<sup>2</sup>. Es decir, hasta los profesionales de las armas, los militares, parecen tener como razón de su existencia la protección de la paz y coinciden en el deseo de la misma: el militar es un hombre «que desea la paz con el mismo fervor que los más fervientes defensores de ella, con la matización de que están dispuestos a dar la vida por mantenerla o por recuperarla cuando se rompe»<sup>3</sup>.

De esto se deduce, primero, que la paz es un bien humano muy importante y, segundo, que su defensa y promoción constituyen a la vez una *tarea política* y una *tarea ética* no menos importante<sup>4</sup>.

Esto supuesto, no dejan de sorprender los siguientes datos, ofrecidos por la Academia de Ciencias de Noruega: «Desde el año 3.600 a. C. hasta el presente

1 Marsilio de Padua, *Defensor pacis* (Editorial Tecnos, Madrid 1989) p. 5-6.

2 *La Ciudad de Dios*, 19, 12, 1 (BAC, Madrid 1958, vol. XVI-XVII), p. 1.393.

3 Palabras del Director de la Academia General Militar de Zaragoza. *En busca de la paz* (Centro Pgnatelli, Zaragoza 1986), p. 253.

4 Todos los autores lo abordan. Santo Tomás, por ejemplo, lo estudia dentro del tratado sobre la caridad, *II-II*, q. 29.

ha habido en el mundo un total de 14.351 guerras; los años de paz durante este período no han superado los 292; el número de víctimas de esas guerras se calcula en 3.640 millones de muertos»<sup>5</sup>.

¿Cómo compaginar estos datos con el universal deseo de paz? o ¿por qué habrá escaseado a través de la historia, y sigue escaseando, un bien que se supone muy apreciable? Son preguntas interesantes a las que resulta imprescindible encontrarles alguna respuesta.

Inicialmente no sería aventurado atribuir este fenómeno al incorrecto funcionamiento de la política, y hablar de un efecto de los errores o *fallos de la política*. Sin embargo, no nos alejaríamos mucho de la realidad de los hechos y de sus causas, si supusiéramos que también puede que obedezca a *fallos éticos*, a la inexistencia de un adecuado enfoque ético del problema de la paz.

Sin negar la importancia de la primera hipótesis, aquí vamos a trabajar a partir de la segunda, pues parece algo comprobado que en el campo de la ética de la paz ha ocurrido un fenómeno similar al que A. Macintyre<sup>6</sup> denunciaba como característico de la Modernidad en el campo de la ética en general, el de la fragmentación y desvirtuación de los viejos conceptos éticos. Esto sería lo que está llevando al «politeísmo moral» en el tema de la paz o a «la existencia de muchas propuestas sobre la paz»<sup>7</sup> diferentes e incluso contradictorias entre sí.

Por consiguiente, a la hora de poner remedio a los fallos éticos habidos en el tratamiento del problema de la paz o de elaborar positivamente una nueva ética de la paz, más que inventar nuevas teorías acerca de la paz, lo que habría que hacer sería seleccionar, dentro de la abundante y rica literatura existente al respecto<sup>8</sup>, aquellos aspectos o elementos que permitieran ofrecer una visión coherente y global del concepto de paz y de los caminos que puedan ser útiles para conseguirla.

Esta es la tarea que abordamos en las siguientes páginas: presentar una visión coherente de la paz. Sin pretender ser exhaustivos, ni presentar la visión definitiva de la paz, sí quisiéramos abrir caminos y estimular esfuerzos similares al nuestro y que vayan en la misma dirección.

5 *Por una paz sin armas* (Editorial San Esteban, Salamanca 1984), p. 85.

6 Cfr. *Tras la virtud* (Ediciones Crítica, Barcelona 1987).

7 M. Vidal, «Postulados de una ética de la paz», en *Razón y Fe*, 213 (1986), 183.

8 Una síntesis de las diferentes concepciones de la paz en J. Galtung, *Sobre la paz* (Editorial Fontamara, Barcelona 1985), p. 73-98.

### 1. *La pax romana*

La ausencia de guerra y de violencia es un aspecto o elemento importante de la paz, como ya descubriera S. Agustín al definirla como «tranquillitas ordinis». Esta definición de paz resalta el aspecto negativo de la misma, lo que no es, más que lo que es en sí misma.

Aunque sea un aspecto importante de la paz, pues dentro de una situación de desorden permanente, de caos y de violencia, no es posible la paz, sin embargo no se agota en él la idea de la paz. En efecto, existen situaciones en las que el orden y la tranquilidad son efecto del consenso universal y aceptación voluntaria de todos, pero se dan asimismo situaciones donde el orden reinante está producido únicamente por el miedo e impuesto por la fuerza. En el segundo de los casos, más que hablar de paz a secas, habría que hablar sólo de un determinado modelo de paz, la que ha sido llamada *pax romana* o paz de los imperios. El fallo fundamental de este modelo de paz es que el orden impuesto mediante la espada y el miedo acostumbra consagrar situaciones en las que sólo los intereses y derechos de algunos, no los de todos, están satisfechos. Y en esto, según la opinión de los clásicos, no consiste la paz verdadera<sup>9</sup>.

Pertenece a la condición de la *pax romana*, primero el no ser duradera o estable, y, segundo, engendrar, como una de sus consecuencias inevitables, la carrera de armamentos, ya que el orden avalado por ella sólo puede ser mantenido mediante la fuerza. A pesar de ello, ha sido el modelo de paz más universal a través de la historia, y a él, más que a ningún otro, parece ajustarse el actual orden de paz. «Las sociedades industriales mercantiles proclaman como valor central la eficacia de la acumulación, de la competencia y del riesgo. En ellas la violencia contra el hombre y la naturaleza es permanente»<sup>10</sup>.

Para aproximarnos al cumplimiento de nuestro objetivo de trazar una visión coherente y global de la paz, resulta insuficiente el descubrimiento de este aspecto negativo de la paz, como mera ausencia de guerra y de violencia, y será necesario avanzar hacia una visión o modelo más positivo de la paz, en el que se destaquen sus aspectos positivos o aquellos valores positivos que constituyen la base necesaria y segura de la paz.

Una antiquísima intuición, ya formulada en la Biblia (Is. 32, 17), resumía todos estos valores positivos sobre los que se asienta la paz en uno solo, la justi-

9 Cfr. Santo Tomás, *II-II*, q. 29, 1 ad 1.

10 Jean Ziegler, *La victoria de los vencidos* (Ediciones B, Barcelona 1989), p. 14.

cia, como muy bellamente por cierto expresara San Agustín: «Obra la justicia y tendrás la paz..., porque la justicia y la paz son dos amigas inseparables»<sup>11</sup>.

En consecuencia, la paz en su aspecto positivo, que es más que la simple ausencia de guerra y de violencia, no sólo supone la existencia de un «ordenado sosiego», sino que incluye, además, la existencia de un *orden justo*. Una primera exigencia, pues, de la ética de la paz consiste en la distribución equitativa de los beneficios y de las cargas sociales: «hasta que los valores económicos, materiales y espirituales, dejen de estar concentrados y se distribuyan con justicia entre toda la humanidad»<sup>12</sup>, la paz, en cuanto supone un orden justo, no será posible.

Esta superación de la *pax romana* por la idea de una *paz justa* produce un viraje en el enfoque ético de la paz. Esta nueva ética de la paz pasará desde el esfuerzo por hacer «la valoración moral de la guerra»<sup>13</sup>, por determinar las causas que la pueden legitimar o por moderar la violencia e incluso crueldad que todas las guerras suelen desencadenar, a centrarse en la explicación y desarrollo de los valores que sería preciso introducir en las relaciones humanas —personales, familiares, sociales e internacionales— para que la paz reine en cada uno de estos campos.

## 2. Paz universal

La paz, tanto en su aspecto negativo como en su aspecto positivo, es algo a alcanzar, como acabamos de sugerir, en todos los campos de la vida: en la vida personal, familiar, social, internacional, etc. Esto explica que, si se la busca sólo en alguna de estas dimensiones, olvidándose de las restantes, se caiga en una visión reduccionista, parcial e incompleta de la paz. Este reduccionismo no sólo es factible, sino que se da con mayor frecuencia de lo que cabría esperar y es causa determinante muchas veces de lo que hemos llamado el «politeísmo moral» vigente en el tema de la paz y causa, además, de que muchas veces con las mismas palabras se esté hablando y nombrando cosas diferentes.

La paz se parcializa, en primer lugar, siempre que el «ordenado sosiego», que la paz supone, se reduce al sosiego y tranquilidad personal, a la paz interior, cuidándose poco o nada del resto de las dimensiones o campos donde la paz también es necesaria. En este caso, la soledad, dimensión necesaria, positiva y enriquecedora en la vida de la persona «en cuanto que en ella cobran sosie-

11 *In Ps. 84, 12* (BAC, Madrid 1966), p. 210.

12 E. Schillebeeckx, «Celo por el evangelio de la paz». *Concilium*, 184 (1983), 131.

13 M. Vidal, *l. c.*, p. 137.

go las disensiones internas, se aprende a dominar los excesos, se suscitan y educan las virtudes», se vuelve cualidad negativa y contraria a la paz cuando adquiere la forma de encasillamiento y exclusión. «Esta soledad excluye y monta la discordia —en sentido literal: dis-cordia— frente a los demás... El solitario se erige en selecto, toma su corazón y lo pone aparte, lo separa del común. Esta soledad excomulga, es reflejo de la perversión y atenta contra el concierto unánime de todos en la paz»<sup>14</sup>.

Esta forma de reduccionismo es especialmente relevante en el actual sistema de vida, que invita a cada cual a centrarse exclusivamente en la propia vida y problemas y a prescindir de lo que acaece en el entorno y de los problemas ajenos. Este individualismo egoísta, que se satisface narcisísticamente en la propia tranquilidad, ataca el ideal de paz universal y contra él está llamada a precaver la ética de la paz.

Es reduccionista, en segundo lugar y refiriéndose ya a la paz en el concierto de las relaciones internacionales, aquella concepción de la paz basada en la sola búsqueda de la propia seguridad, descuidando la importancia del concepto de «seguridad colectiva»<sup>15</sup> o de pensar en la seguridad del resto de las naciones, para que la seguridad propia y la paz de todos se encuentre mejor garantizada.

Frente a estas parcializaciones, y otras semejantes que son posibles, es función de la ética de la paz reivindicar y promover un ideal de *paz universal*. Con este concepto no estamos soñando en una quimérica *universitas pacifica*, en el sentido de una humanidad de manera definitiva y estable «participante en un orden ético cuya norma de vida sea la concordia y el amor»<sup>16</sup>, sino en algo más modesto, que vamos a llamar, siguiendo la expresión del mismo autor, *pax universalis*, esto es, la paz como proyecto o tarea a ir construyendo día a día, y poniendo a su servicio todas las mediaciones precisas, para que la sociedad y toda la rica red de relaciones humanas —personales, familiares, sociales e internacionales— vayan ganando en creciente humanización.

Esta universalización se puede concretar en diferentes manifestaciones. La primera afecta a la propia concepción de la paz y consiste en un enfoque más

14 S. Álvarez Turienzo, «Hacia la determinación de la idea agustiniana de paz», *Revista de Estudios Políticos*, 64 (1960) 64. Del mismo autor, *El hombre y su soledad* (Ediciones Sigueme, Salamanca 1983).

15 Cfr. José Antonio Lobo, «Nuevas estrategias para la paz», *Corintios XIII*, 39/40 (1966), p. 61.

16 S. Álvarez Turienzo, «Sobre la violencia y la ética de la paz», *Cuadernos Salmantinos de Filosofía* 11 (1984), 330.

universal y globalizante de la misma. Hablando de la guerra se ha llegado a afirmar que sólo se puede actuar sobre ella «mas que actuando sobre todo el orden total. La guerra tiene su propia racionalidad y para influir en ella hay que entrar en esta racionalidad»<sup>17</sup>. Con no menor razón se puede decir otro tanto de la paz. Esta no debe quedar reducida al plano ineficaz de los meros sentimientos, pues la paz tiene su propia lógica o racionalidad, y será misión de la ética de la paz descubrirla y hacerla respetar.

El pacifismo, y la ética que de él deriva, habrán de plantearse de acuerdo con estos supuestos de universalidad y globalización, intentando convertirse en una ideología comprensiva del hombre, de la historia, de la economía, de la sociedad, etc. en su totalidad, a la vez que como una propuesta global y distinta tanto de hombre, como de economía, de sociedad, etc.

Esta concepción universal de la paz requiere cambios profundos en todos los ámbitos de la vida. En el plan económico, tal como sugiere la Declaración de la ONU, del 1 de mayo de 1974, sobre el nuevo orden económico internacional, requiere establecer una economía basada en «la equidad, la igualdad soberana, la interdependencia, el interés común y la cooperación de todos los Estados, cualesquiera sean sus sistemas económicos y sociales, que permita corregir las desigualdades y reparar las injusticias actuales, eliminar las disparidades crecientes entre los países desarrollados y los países en desarrollo y garantizar a las generaciones presentes y futuras un desarrollo económico y social que vaya acelerándose, en la paz y en la justicia»<sup>18</sup>. En el plano político, se precisará profundizar el concepto y la realidad de la democracia, en el sentido de ensanchamiento de las posibilidades de participación de las personas y de los pueblos en la toma de decisiones y en el control de los mecanismos del poder<sup>19</sup>. En el plano moral es urgente un nuevo sistema de valores, en el que la solidaridad, la cooperación y el respeto a los derechos humanos tengan cada vez mayor cabida. Y cambios similares habrán de producirse en el sistema educativo, en la familia, en la religión, etc.

La segunda manifestación de la universalización del ideal de la paz se refiere a quiénes habrán de ser en el futuro los protagonistas llamados a hacer factible el ideal de paz. Esta dejará de ser en adelante asunto de los llamados

17 J. Comblin, «El derecho de legítima defensa», *Concilium* 184 (1983), 84.

18 Cfr. F. García, *Enseñar los derechos humanos* (Zyx, Madrid 1983), p. 247-248.

19 La revisión del concepto de democracia viene ahora exigida por los cambios que se están produciendo en el Este, y desde hace tiempo por la especial situación de todas las naciones del Tercer Mundo.

«profesionales», políticos y militares, para convertirse en obra de todos. «Todos los ciudadanos sin excepción habrán de sentirse concernidos e implicados en el problema de la paz, porque el «aparato bélico», la economía armamentista, y todas las restantes secuelas conciernen de forma directa e inmediata a los sujetos humanos en su condición de ciudadanos»<sup>20</sup>.

Por consiguiente, la ética de la paz no sólo será una ética civil, por cuanto el sujeto prioritario llamado a tomar en sus manos la tarea de la paz será la sociedad civil, sino que tendrá que incluir entre sus exigencias la *desobediencia civil*, por cuanto es el mejor instrumento al alcance de los ciudadanos para frenar la lógica armamentista y contrarrestar la militarización de la sociedad. Con razón, por tanto, advertía uno de los pioneros de esta actitud moral: «Si mil hombres dejaran de pagar sus impuestos este año, tal medida no sería ni violenta ni cruel, mientras que si los pagan, se capacita al Estado para cometer actos de violencia y derramar la sangre de los inocentes»<sup>21</sup>.

Esta llamada a la desobediencia, dado el tipo de educación que la mayoría de la gente ha recibido y sigue recibiendo, resultará todavía poco inteligible y aquí tendrá, por este motivo, un buen trabajo que cumplir la ética de la paz, para que se llegue a entender lo que el educador L. Milani se atrevía a decir a los jóvenes: «que todos son soberanos, que para ellos la obediencia ya no es una virtud, sino la más sutil de las tentaciones, que no crean poderse escudar ni ante los hombres ni ante Dios, que deben sentirse cada uno único responsable de todo»<sup>22</sup>.

Labor asimismo para la ética civil de la paz será mantener constantemente alerta a los ciudadanos, para que en el campo de la paz no se actúe subrepticamente contra sus intereses: «¡No, no durmáis —advertía Günter Eich— mientras los que ordenan el mundo siguen trabajando! ¡Desconfiad de su poder, que dicen tener que conquistar para vosotros! ¡Vigilad para que vuestros corazones no estén vacíos cuando se cuenta con el vacío de vuestros corazones! ¡Haced cosas inútiles, cantad canciones que no se esperan de vuestras bocas! ¡Sed incómodos, sed arena y no aceite en el engranaje del mundo»<sup>23</sup>.

Semejante comportamiento, finalmente, no hay razón para que comporte consecuencias negativas, sino que puede llegar a constituir un factor positivo

20 M. Vidal, l.c., p. 141.

21 H. D. Thoreau, *Desobediencia civil y otros ensayos* (Editorial Tecnos, Madrid 1987), p. 44. Con su actitud protestó contra la guerra que, en 1846, los Estados Unidos habían declarado a México, pretextando inexistentes razones, pero con la única intención, en realidad, de apoderarse de parte de su territorio.

22 *Carta a los jueces*.

23 Cit. por P. Kelly, *Luchar por la esperanza* (Editorial Debate, Madrid 1984), p. 30.

para el desarrollo de la historia humana, como sugería E. Fromm: «Reyes, sacerdotes, señores feudales, patronos de industria y padres han insistido durante siglos en que *la obediencia es virtud y la desobediencia un vicio*. Para presentar otro punto de vista, enfrentemos esta posición con la formulación siguiente: *la historia humana comenzó en un acto de desobediencia y no es improbable que termine por un acto de obediencia*»<sup>24</sup>.

### 3. *Un nuevo orden de paz*

En la no realización práctica del universal deseo de paz puede influir una errónea o incompleta concepción de la paz, pero también puede obedecer a una equivocada valoración de los medios a través de los cuales se pretende alcanzar. Es importante, por tanto, evaluar estos medios o caminos a través de los que se busca la paz, ver la adecuación que pueda existir entre tales medios y los fines perseguidos, pues en este terreno al menos no resulta tan evidente que todos los caminos conduzcan a Roma.

Este discernimiento acerca de la validez de los medios que se ponen en funcionamiento para conseguir la paz es importante por diferentes motivos. Primero, porque si no se tienen suficientemente en cuenta las mediaciones de la paz, ésta queda reducida a un deseo totalmente abstracto, con pocas posibilidades de hacerse realidad. Y, segundo, porque el «politeísmo moral» que impera, como ya señalamos, en el tema de la paz, tiene su origen frecuentemente o afecta básicamente a este aspecto de los medios o mediaciones requeridas para la paz: cuando un pacifista y un militar, por citar dos extremos, están hablando de paz, seguramente no sólo manejan distinto concepto de paz, sino que es casi seguro que están pensando en medios bien diferentes a la hora de defenderla y promoverla.

A estos medios o modos concretos a través de los cuales se ha pensado y organizado, en el transcurso de la historia humana, la defensa y seguridad de las naciones, es a lo que llamamos *estrategias* diferentes para la paz. En la concepción universal y globalizadora de paz que venimos sosteniendo, es evidente que tales estrategias responden y reflejan siempre un determinado modelo de economía, de sociedad y de cultura, a la vez que contribuyen a su defensa y mantenimiento: «los ejércitos —concluía D. Milani— marchan a las órdenes de la clase dominante»<sup>25</sup>.

Pasando a la concreción de las estrategias de paz, cabe hablar<sup>26</sup> en primer lugar, de la estrategia tradicional, que ha sido la estrategia armada, y lo sigue

24 *Sobre la desobediencia y otros ensayos* (Paidós, Buenos Aires 1984), p. 9.

25 *Carta a los jueces*.

26 Cfr. José Antonio Lobo, art. cit.



siendo en el presente, de la que resultaba un determinado enfoque ético del asunto, y, en segundo lugar, de la nueva estrategia, a la que se pretende abrir camino, y del modelo ético correspondiente, que es lo que definimos como un nuevo orden de paz.

La estrategia tradicional queda adecuadamente formulada en el conocido lema «si quieres la paz, prepara la guerra». Partía del supuesto de que la defensa y seguridad de las naciones reposa sobre su poderío militar y de que el recurso a las armas, aunque sólo sea en casos extremos, no debe excluirse de cara a la defensa de la paz o a su recuperación, cuando ya hubiera quedado rota.

La guerra o el desencadenamiento de la violencia representa, en determinadas circunstancias o cuando no queda otra salida, una técnica política más al servicio de los fines legítimos en los Estados, como ya definiera Clausewitz<sup>27</sup>. Esto explica que la violencia haya sido puesta, sin mayores reparos, al servicio de los más elevados ideales: «Se ha matado por la unión de la humanidad, por la libertad, por la cultura, por la democracia, por la comprensión entre todos, por cualquier «sublime» idea. Mientras más maravillosa era la idea, más se admiraba al gran asesino y a sus colaboradores»<sup>28</sup>.

Esta estrategia es, por una parte y como ya indicamos, fiel reflejo de un determinado modelo de economía y de sociedad, donde la competencia agresiva, la mutua desconfianza, la jerarquización y hasta la militarización de la vida constituyen la tónica dominante, y contribuye a su funcionamiento y mantenimiento; y da lugar, por otra parte, a un determinado tipo de cultura, que es una cultura belicista, machista, por ser el hombre su principal protagonista, y de la violencia. No carecen, por tanto, de fundamento quienes han definido la razón moderna occidental como «una razón armada, no sólo porque la meta de sus esfuerzos es la industria bélica, sino principalmente porque está volcada hacia el poder y el control»<sup>29</sup>.

El enfoque ético que derivaba de estos planteamientos lo recogía la que ha sido llamada *doctrina de la guerra justa*<sup>30</sup>. Sus postulados se resumían en el *ius ad bellum*, es decir, la determinación de por qué y cuándo es permisible el recurso a la guerra, y en el *ius in bello*, esto es, el control o moderación de la conducta dentro de las hostilidades, pues ni siquiera durante las guerras está permitido todo<sup>31</sup>.

27 Carl von Clausewitz, *De la guerra* (Editorial Labor, Barcelona 1976).

28 *Philosophia pacis. Homenaje a Raimon Panikkar* (Símbolo Editorial, Madrid 1989), p. 208.

29 *Ibidem*, p. 509.

30 Una visión crítica de la doctrina de la guerra justa en *La maldición de la guerra* (Editorial San Esteban, Salamanca 1984), p 105-125.

31 Cfr. Obispos Norteamericanos: *El desafío de la paz* (PPC, Madrid 1983), p. 48 ss

Los efectos positivos resultantes de la aplicación de esta estrategia y de semejantes principios éticos han sido más bien modestos. Bajo su vigencia, más que de paz, cabría hablar de la existencia de treguas entre un tiempo de guerra y el siguiente. Los efectos negativos, por el contrario, fueron abundantes, destacando entre ellos la escalada armamentista, cuyas consecuencias nocivas están ya suficientemente estudiadas y son sobradamente conocidas<sup>32</sup>.

Por consiguiente, la apuesta en favor de una nueva estrategia de paz y por una nueva ética de la paz, es decir, por un nuevo orden de paz, lejos de ser una propuesta descabellada, ha pasado a ser una tarea necesaria y urgente. Ella requerirá avanzar creativamente hacia la creación de una nueva mentalidad y una nueva sensibilidad respecto a estos asuntos. Casi en el inicio de la era atómica, en 1955, el Manifiesto Russel-Einstein llamaba a «aprender a pensar de una manera nueva». Como alternativa a la cultura belicista y machista, Virginia Woolf, representante del movimiento feminista, entendía así la contribución de la mujer a la causa de la paz: «la mejor manera en que podemos ayudarle (al hombre) a evitar la guerra no consiste en repetir sus palabras y en seguir sus métodos, sino en *hallar nuevas palabras y crear nuevos métodos*»<sup>33</sup>.

A estos nuevos métodos es lo que llamamos *nueva estrategia de paz*, y, junto con la *nueva ética de la paz*, configurarán el *nuevo orden de paz*, que venimos proponiendo. Esta estrategia, sin negar el derecho a defenderse que asiste a las naciones, propone, sin embargo, técnicas alternativas de defensa frente a la defensa armada. Todas ellas van desde una drástica reducción de la escalada armamentista hasta la implantación de una forma de defensa mediante técnicas no violentas<sup>34</sup>. En cualquier caso la dirección hacia la que apunta la nueva estrategia de paz es siempre la misma: ir hacia una paz lograda «por medio de la *inteligencia de amor* que daría como fruto una paz pacífica, no la guerrera»<sup>35</sup>.

La labor específica de la nueva ética de la paz no estaría tanto en establecer las nuevas técnicas de defensa, cuanto en elaborar el nuevo discurso o la nueva cultura de la paz, de una parte, y en desmontar la vieja cultura o viejos mitos sobre los que se sigue asentando el antiguo orden de paz.

32 Cfr. *Por una paz sin armas*.

33 Cit. por V. Fisas Armengol, «¿Qué entendemos por cultura de paz?», en *Sistema*, 79 (1987) p. 93.

34 No nos detenemos aquí a describirlas y nos limitamos a ofrecer una bibliografía sumaria: J. Gatung: *¡Hay alternativas!* (Editorial Tecnos, Madrid 1984); V. Fisas Armengol, *El desarme en casa* (Editorial Fontamara, Barcelona 1985); *La seguridad europea a debate* (Editorial Fontamara, Barcelona 1985); A. Boserup-A. Mack, *La no violencia en la defensa nacional* (Editorial Fontamara, Barcelona 1985); etc.

35 *Philosophia pacis*, p. 155.

El primer principio del nuevo discurso sobre la paz, en su vertiente positiva, fue formulado por Gandhi en su tiempo y reza así: «No hay caminos que lleven a la paz; la paz es el camino». Es decir, los medios que conduzcan a la paz tendrán que ser coherentes con la propia naturaleza de la paz, pues el fin se contiene en los medios, lo mismo que los frutos estaban contenidos ya en la semilla del árbol. La violencia, el uso de las armas se oponen, de acuerdo con este principio, a la naturaleza de la paz, y no pueden constituir nunca medios adecuados de conseguirla. Los caminos de la paz pasan a ser: el diálogo, la negociación, el afianzamiento de la confianza mutua, la solución no violenta de los conflictos, la promoción de la justicia y de la solidaridad entre los pueblos, etc.

Ahora bien, el triunfo de la nueva cultura de la paz requiere una previa labor de zapa, consistente en desmontar los viejos mitos belicistas, que sustentan el principio de que la guerra es una preparación o paso necesario para la paz. Estos son muchos, pero vamos a centrar nuestros análisis, con última contribución a la causa de la paz por parte de la ética, en tres de ellos, que son: el del patriotismo; el de la fe en el carácter purificador de la violencia; y el «mito del enemigo».

El tradicional y normal apego a la tierra, lengua y cultura propias, pasan fácilmente, merced a la manipulación de tales sentimientos por parte de los Estados, a convertirse en devoción acrítica a los mismos Estados. Cuando esto ocurre estamos ante el patriotismo como obstáculo para la paz, pues, en tales ocasiones «basta apelar al patriotismo para que los ciudadanos cierren filas alrededor del Estado y de su bandera»<sup>36</sup>. El caso de la guerra de Las Malvinas, en 1982 puede citarse como ejemplo típico de este patriotismo, que afectó de manera similar a ciudadanos argentinos e ingleses.

Para superar este obstáculo que se opone a la paz, y conseguir desmontar los mitos patriotericos, lo procedente no será negar la parte de verdad que se esconde en el legítimo, y normalmente fuerte, sentimiento de amor a la patria, sino situarlo en el contexto más universal de la común pertenencia a la única familia humana, e intentar convertir el amor exclusivo y excluyente a la Patria en amor y servicio a las causas nobles de la entera humanidad. No le faltaba razón a este respecto a A. Pérez Esquivel, cuando reflexionando precisamente sobre el conflicto de Las Malvinas, aseguraba que «hoy no existen guerras justas, sino

36 J. Comblin, art. cit., p. 87.

causas justas»<sup>37</sup>. Trabajar por semejante reorientación del sentimiento del amor patrio, se convierte de esta manera en una exigencia de la nueva ética de la paz, y a ella parecían apuntar unas palabras de D. Milani: «Yo no tengo Patria y reclamo el derecho a dividir el mundo en desheredados y oprimidos de una parte, privilegiados y opresores de la otra. Unos son mi patria, los otros mis extranjeros»<sup>38</sup>.

Con no menor vigor está instalado en nuestra cultura el mito de que la violencia puede llegar a cumplir funciones positivas. Se la ha llegado a ver incluso como un freno para mayores violencias. «Es duro de decir, pero no es tan difícil de pensar que, al menos en las situaciones de pasado, la historia habría sido más inhumana sin guerras que con ellas»<sup>39</sup>. Sin entrar a discutir aquí sobre la mayor o menor eficacia de la violencia sobre la no violencia<sup>40</sup>, sí nos interesa resaltar el gran influjo que semejante mito ha tenido en la configuración de la estrategia tradicional de la paz, hasta el punto de convertir en un verdadero absoluto la idea de la defensa armada.

A corto y medio plazo no es previsible que la fe en la necesidad irremediable del uso de la violencia y en su capacidad para ayudar a superar las situaciones de injusticia, vaya a perder terreno. Pero, en cualquier caso, si la ética de la paz quiere salir al paso de tales supuestos, tendrá que ser a base de difundir y profundizar en la convicción de que «la solución de los conflictos no ha de estar inevitablemente ligada a la fuerza militar»<sup>41</sup>, de que un mundo sin armas, o con bastantes menos de las que actualmente existen, también sería seguro y de que esforzarse para que la realización de semejante sueño sea factible, merecería la pena.

El «mito del enemigo» juega también un papel decisivo en el estilo de las actuales relaciones internacionales. Este, cuando no existe, se le inventa, y, caso de existir, se le agranda y sobredimensiona, atribuyéndole «los peores designios posibles y al mismo tiempo la mayor capacidad para la creación de nuevas estrategias y tecnologías militares»<sup>42</sup>. Como resultado de la actuación de este mito se agranda el clima de desconfianza, y ello vale tanto para las relaciones entre las personas, como para las relaciones entre los grupos y las naciones. En el

37 «Escuchar el silencio de Dios», en *Concilium*, 184 (1983), p. 110.

38 *Carta a los capellanes militares*.

39 S. Álvarez Turiénzo, «Sobre la violencia y la ética de la paz», *l.c.*, p. 323.

40 *Por una paz sin armas*, p. 163 ss.

41 V. Fisas Armengol, «¿Qué entendemos por cultura de la paz?», *l.c.*, p. 92.

42 D. Senghaas, *Armamento y militarismo* (Editorial Siglo XXI, Madrid 1974), p. 29.

caso de las relaciones internacionales actúa como factor desestabilizador y determinante de la escalada armamentista.

La política de bloques o de enfrentamiento —a la vez ideológico, político y militar— entre el Este y el Oeste, que se impuso desde el final de la segunda guerra mundial, ha sido una de las manifestaciones de esta mitología. Los cambios que últimamente se vienen produciendo en el Este, aunque no la hayan enterrado de manera definitiva, podrían ayudar al desbloqueo de esta situación.

Desde la óptica de una nueva ética de la paz, al menos, esta meta ha de ser planteada como una exigencia: el otro —persona, grupo o nación— ha de dejar de ser un competidor y pasar a ser un compañero, habrá de dejar de ser un enemigo para convertirse en un sujeto capaz de cooperar en la solución de los problemas comunes. No se trata de soñar en una situación idílica, donde el lobo y el cordero pasten juntos, donde los conflictos hayan desaparecido de la faz de la tierra, pero sí de abandonar la visión de un mundo dividido en «buenos» y «malos», amigos y enemigos, y de encarar el futuro con una nueva mentalidad, con la mentalidad de que los grandes problemas, como el del hambre, el deterioro de la naturaleza, la nivelación entre el Norte y el Sur, etc., tienen carácter planetario y deben ser afrontados por la vía de la cooperación mundial.

La Campaña de la Cooperación entre el Norte y el Sur, lanzada desde Europa en 1987, parece haberlo entendido así, pues fue propuesta bajo el lema: «Norte-Sur, un futuro común o no habrá futuro». Hacia esta dirección han de apuntar la nueva ética de la paz y el nuevo orden de paz.

JOSÉ ANTONIO LOBO